

AL GENERAL RIVA PALACIO,
MINISTRO DE FOMENTO.

Hijo á la par de Apolo y de Mavorte,
Del Sur luchando en la lejana tierra,
Al eco de tu cítara, á la guerra,
Cual Tirteo, llevabas tu cohorte.

Cantaba en tanto en la Romana Corte
Quien hora alegre, por llanura y sierra,
Su grey dispersa apacentando, yerra
En las fronteras del desierto Norte.

Unidos hoy, do juntan sus corrientes
El Tamesí y el Pánuco, en los mares
Antes de sumergir las verdes frentes,

Colguemos de los sauces seculares
Lira y zampona; y tú construye puentes,
Mientras yo sueño en erigir altares.

1878.

TAMPICO.

Del Pánuco argentado en la ribera
Alza la frente encantador Tampico,
En opulencia y hermosura rico,
Joya sin par de la terrestre esfera.

Sombra le da la colosal palmera;
Y el bullicioso plátano, abanico;
Papagayos sin fin, de curvo pico,
Nutre en redor eterna primavera.

El azulado mar sus muros baña;
El sol siempre sus torres ilumina,
Y la bruma polar nunca lo empaña

¡Oh! Si lo viera la Deidad Ciprina,
De Idalia abandonara la montaña,
Y aquí fijara su mansión divina.

Á UNA DAMA

QUE VENDIÓ SUS JOYAS PARA ERIGIR UN ALTAR, ENVIÁNDOLE FLORES DE BETANIA Y DEL MONTE SIÓN, EL DÍA DE SU SANTO.

No es recogida en la floresta Idalia
La que te ofrezco, cándida azucena;
Ni Citera produjo esta verbena,
Ni Pafos la que ves fragante dalia.

Las cultivaron vírgenes de Galia
En Betania, y do fué la Última Cena;
Y en la casa de Marta y Magdalena
Para ti las corté, piadosa EULALIA.

En vez de la diadema refulgente
Que al Señor ofrecistes, hoy corona
Con flores de Sión tu casta frente.

La Mártir tutelar de Barcelona,
Cuyo nombre te dió la sacra fuente,
Esta guirnalda virginal te dona.

Á UNA NIÑA

EN SU PRIMERA COMUNIÓN.

—¡Mariposa gentil de raudas alas,
De vivos ojos é incesante vuelo,
Que al arco bello de nublado cielo
Con tus matices seductora iguales!

Dime: ¿qué significan esas galas,
Esa cándida veste y blanco velo?
¿Por qué la vista clavabas en el suelo
Y suspiros de amor lánguida exhalas?

—Ya no soy la fugaz mariposilla
Que volaba á tus hombros cariñosa
Del Bravo turbio en la caliente orilla.

Plegué mis alas; me lavó preciosa
La sangre del Cordero sin mancilla,
Y hoy mi Jesús conmigo se desposa.

Á OTRA.

¡Lirio gentil de mi heredad ardiente
En cuyo tallo mi esperanza estriba,
Que en huerto ajeno la piedad cultiva
De tierna virgen, de la patria ausente!

Del cierzo crudo tu gallarda frente
El soplo abrasador nunca reciba;
Jamás agote la calor estiva
La que te riega, cristalina fuente.

Del que prefieres hoy, cercado suelo,
Ya te arranque feliz mano terrena,
Ya para sí te guarde el Rey del cielo,

Cándida y pura, y de fragancia llena,
Gloria del valle, del Pastor consuelo,
Consérvate, oh blanquísima azucena.

LA VIOLETA DEL VOLCÁN.

¡Celeste flor que lánguida te meces
Al pie de esa blanquísima montaña!
¿Cómo es que el crudo cierzo no te daña?
¿Cómo en Enero tan gallarda creces?

¡Viola gentil, dichosa tú mil veces!
Ni el ábrego ni el sol tu azul empaña;
Del segador no alcanza la guadaña
Al nevado volcán do te guareces.

Desde Julio marchítase la rosa;
En Diciembre buscar fuera delirio
La dalia ó la azucena primorosa.

Tú, superior al girasol y al lirio,
Resistes, tan modesta como hermosa,
De Orión al hielo y al calor de Sirio.

Á UN AMIGO

ENVIÁNDOLE MI CABALLO.

Este rojo corcel, bello y ligero,
De raudó trote y gigantesca talla,
No es un bridón de corte ó de batalla,
Ni regalo de rey ó de guerrero.

Es prenda de fogoso misionero
Que nunca sufre en su carrera valla;
Que á su Dueño y Señor todo avasalla,
Y hasta á través del mar se abre sendero.

Sobre él más de una cerca y más de un foso
Atrevido salvé. De más de un río
Y más de un bosque me sacó brioso.

Móntalo, amigo; y en recuerdo mío
Guarda, mientras en Roma yo reposo,
El caro potro que á tu brazo fio.

AL VÉSPERO.

Estrella de la tarde, astro de amores,
¡Cuán refulgente brillas! ¡Ay! No en vano
Luz de Citeres te llamó el pagano
Al contemplar tus vivos resplandores.

Del gentilismo huyeron los errores;
Y ojo, lumbré, destello soberano
De la Virgen Deípara, el cristiano
Te apellida, cantando tus loores.

¡Véspero, que del bosque entre las hojas
Mil veces alumbrándome el camino
Calmaste mis afanes y congojas!

Cuando á cruzar el mar voy peregrino,
No ocultes, por piedad, ese que arrojas
Sobre las aguas, esplendor divino.

AL MAR.

¡Oh mar, que cuando airado te levantas
Naves sumerges, mástiles doblegas,
Y hoy mansamente á acariciar te llegas
Sobre la arena mis cansadas plantas!

¡Hermoso mar, que al pescador espantas,
Y, aunque la casa do nací no riegas,
Más que mis montes y nativas vegas
Con tu imponente majestad me encantas!

¡Oh mar divino! Si á tu numen grato
Ha sido alguna vez el canto mío
En que tus ondas límpidas retrato;

Si no te ofende el júbilo y el brío
Con que á tu seno de lanzarme trato,
Protege ahora mi veloz navío.

EN EL MAR PACÍFICO.

Llega rugiendo el huracán de Oriente,
Y atravesando la montaña y lago
De Nicaragua, el espantoso estrago
Comunica á los mares de Occidente.

Su fuerte soplo el piélagos resiente,
Y alzándose feroz con rudo amago,
Su antiguo nombre de celeste halago
El Pacífico Océano desmiente.

El mismo, en tanto, que gentil corona
Otro tiempo tejió de humildes flores,
Cogidas ya en Salem, ya en Heliconia,

Insensible del ponto á los furores,
En la agitada nave himnos entona
Del rayo á los terríficos fulgores.

PLEGARIA EN LA PLAYA.

¡Angel divino, á cuya dulce guarda
Confío el Omnipotente estas riberas;
Cuya plegaria, en la región do imperas,
Los castigos de Dios templa y retardal

¡Angel consolador, por quien gallarda
Se eleva, entre los cedros y palmeras,
Torre que las agujas altaneras
Vence de la Basílica Lombarda!

¡Santo Angel tutelar, por quien mi mano
En la orilla del mar firme coloca
La combatida enseña del cristiano:

Haz que, partido yo, la furia loca
De las olas y el viento azote en vano
La Cruz que hemos clavado en esta roca!



EN LA PIRÁMIDE DE CHOLULA.

I.

¿Qué mano tus hondísimos cimientos
Audaz abrió, pirámide famosa?
¿Quién elevó esa cúspide, que airosa
Iguala á los egipcios monumentos?

¡Oh! ¡De Titán sin duda tuvo alientos
El que eligió tu mole ponderosa!
¿Cubres, quizá, su funeraria fosa?
¿Volaron sus cenizas á los vientos?

¿Dónde nació? ¿De la remota orilla
Del Nilo bienhechor lo trajo acaso
Al Nuevo Mundo ignota navecilla?

¿Ó por Béring helado hallando paso,
La que aprendió en Babel, obra de arcilla,
Vino á imitar en la región de Ocaso?

II.

De la indómita raza de gigantes
Que pretendieron escalar el Cielo
Vástago soy: al mejicano suelo
Me arrojaron los Númenes triunfantes.

Prófugo y desterrado, fué, como antes,
Otro Babel edificar mi anhelo:
Los túmulos de Céops y de Belo
Apenas son á mi obra semejantes.

Del vecino volcán la ardiente lava
A recocer la inmensa muchedumbre
De mis nuevos ladrillos no bastaba.

Al sol entonces arrebaté su lumbre,
Y quise con Popoca y Orizaba
De mi montaña nivelar la cumbre.



ÍNDICE.

	Páginas
PRÓLOGO	I
LIBRO PRIMERO.	
ODAS, HIMNOS Y CANCIONES.	
A E. Marcelino Menéndez y Pelayo, enviándole, en cambio de sus poesías líricas, las obras poéti- cas, oratorias y pastorales del autor.....	7
Al mismo, con motivo de su recepción en la Real Academia Española.....	11
En la canonización de los mártires japoneses....	17
En la consagración episcopal del Excmo. Señor Nuncio apostólico en Bélgica, Monseñor Miecis- lao Ledochowski.....	23
El mar.....	27
Al Ródano.....	31
Imitación de Horacio.....	37
La violeta del Tamesí.....	43
A la misma, quince años después (soneto).....	49
A Estacio, al leer su «Psittacus melioris» (juguete anacreóntico).....	51
Santa Catalina de Sena, traducción del latín de Carlos de Aquino (palinodia á la oda XV de Anacreonte).....	53
Himno.—Para los alumnos del Colegio Pío-latino- americano de Roma.....	55